

PSICOLOGÍA DARWINISTA

ÁNGEL CAGIGAS BALCAZA

Universidad de Jaén

ANA PAULA CASTROVIEJO BIENZOBAS

Universidad de Salamanca

La ciencia interviene en casi todos los campos de la vida humana, no sólo en los más obvios como la medicina, la ingeniería o la física, sino también en el de la vida cotidiana: de hecho la ciencia ya *no está únicamente presente en lo temporal, ha llegado a ocupar un lugar privilegiado en el dominio de lo espiritual*¹. Con esto quiero hacer referencia a si los conocimientos científicos son tan "puros" como se pretende o si más bien existe una intención ideológica detrás de cada teoría. Siguiendo la ruta de la segunda opción, creo que la ciencia en cierto modo ha recogido el papel que tenía asignado la religión, el papel de suministrar unas normas y unos valores que rijan nuestras vidas.

Para no ser menos y poder quedarse con su parte del pastel, la psicología, desde sus inicios, ha querido mostrarse como una ciencia y para ello tradicionalmente se ha ligado a la biología y a la matemática. En la biología ha intentado encontrar un apoyo material sobre el que apuntalarse y en la matemática la certificación científica que proporcionan los números.

La segunda mitad del siglo XIX, época en la que tradicionalmente se fecha el inicio de la psicología, fue la era de la teoría de la evolución, con Darwin como su artífice principal. En la trabazón de la psicología con la biología se puede hablar de dos nombres, de dos continuadores, aunque con grandes diferencias, de la tradición darwinista; estos son Francis Galton y Lloyd Morgan.

En Galton se reunieron la tendencia evolucionista y la fascinación por los números. Fue precursor de la estadística moderna, convencido de que con el suficiente empeño todo podía medirse, y de que esta medición era el criterio fundamental para todo trabajo que quisiese ser científico. La cuantificación era el dios de Galton, y como firme partidario de la teoría de la evolución, según la cual en la lucha por la adaptación ganan los más adaptados y éstos pasan su legado genéticamente a sus sucesores, estaba persuadido de que hasta las conductas aparentemente más teñidas de componentes sociales eran hereditarias; escribió: *Puesto que muchos miembros de nuestra Casa de los Lores se casan con hijas de millonarios, es bastante lógico pensar que con el tiempo nuestro Senado se caracterizará por una capacidad para los negocios más aguda que la común y corriente, y también es posible que su nivel de probidad comercial llegue a ser más bajo que el actual*¹. Así convenció a su primo Darwin, quien tenía sus dudas con respecto a la heredabilidad de la inteligencia y que le escribió así: *En cierto sentido usted ha transformado a un oponente en un converso, porque siempre he sostenido que, salvo los tontos, los hombres no difieren mayormente en cuanto al intelecto, y sólo se distinguen por el grado de ahinco y constancia que ponen en su trabajo*¹¹, Galton le contestó: *La réplica que podría*

hacerse a su observación sobre la constancia en el trabajo es que el carácter, incluida la capacidad de trabajo, es tan heredable como cualquier otra facultad^v.

La evolución y la cuantificación formaron una alianza temible, y basándose en esta unión se elaboró la primera teoría psicológica racista y clasista, así fue como Galton acuñó el término eugenesia y se propuso todo un plan eugenésico. Aunque reconocía que el medio desempeñaba algún papel en el desarrollo del individuo pensaba que la raza era mucho más importante que el medio. Su concepto de raza era bastante elástico, por un lado remitía a la idea habitual, aunque no admitida por muchos científicos, de raza: negros, blancos, amarillos...; pero también utilizaba el concepto raza con el sentido de una población más o menos homogénea que perpetúa ciertas características y así hablaba de la raza inglesa por ejemplo, tal idea es muy discutible; por último la raza también puede hacer referencia a un grupo social o casta, y parece que esta es la noción que tiene en mente cuando en su proyecto eugenésico opone la élite a las demás subpoblaciones de su país. Galton dice que los hombres han de hacer consciente, metódica y rápidamente lo que la naturaleza hace ciega y lentamente, es decir, favorecer la supervivencia de las más aptos y desfavorecer la de quienes no lo son; además si la élite se ve amenazada puede ser preciso considerar a los ciudadanos mediocres como enemigos del Estado. Son bien conocidas sus investigaciones en las que recogía datos de una población de clase social alta en los que se hacía evidente el número elevado de parientes que eran eminentes; obviamente esta interpretación de la estadística en favor de la herencia biológica del talento no es evidente. El objetivo al que apuntaba no era el de mejorar la especie humana sino el de asegurar la supervivencia de las razas "mejor dotadas", y lo intentó conseguir basándose en teorías científicas, aunque hoy en día diríamos que su teoría estaba teñida de unos fuertes prejuicios clasistas que le impedían ver las causas de las diferencias en motivos sociales y no en la herencia.

En cambio Lloyd Morgan puso el énfasis en lo que llamó los instintos incompletos, planteaba que los hábitos y experiencias individuales no podían ser transmitidos a los descendientes y así enfatizaba el papel de la experiencia en la conducta. En la transmisión de conocimientos la imitación juega un papel muy importante. Por otro lado piensa que los conceptos de mente y conciencia tienen una relación muy estrecha; la conciencia sólo es accesible mediante la introspección, por lo cual cualquier inferencia en base a datos de la mente animal será un razonamiento por analogía que tendrá una validez limitada.

Binet en cierto sentido se situará en la línea iniciada por Lloyd Morgan; aunque empezó trabajando sobre craneometría, tuvo la perspicacia de ver la influencia de la sugestión en esta labor, habló de la tenacidad de los prejuicios inconscientes y la sorprendente maleabilidad de los datos objetivos para ajustarse a una idea preconcebida, y así comenta: *temía que al realizar la medición de las cabezas con el propósito de encontrar una diferencia de volumen entre una cabeza inteligente y otra menos inteligente, hubiese tendido, en forma inconsciente y de buena fe, a aumentar el volumen cefálico de las cabezas inteligentes y a reducir el de las cabezas no inteligentes. La posibilidad de sugestionarse no depende tanto de un acto del que seamos plenamente conscientes como de un acto semiconsciente, y justo allí radica su peligro^v.* Binet optó por otras técnicas, su camino es conocido, desarrolló la prueba de

Binet-Simon, y lo que me interesa es la utilización que de esta prueba se hizo en América.

Norteamérica se ha considerado a sí misma como el máximo parangón de la igualdad, pero veremos que se trata únicamente de la igualdad entre pares. Tres fueron los precursores del hereditarismo en Norteamérica: Goddard, Terman y Yerkes. Aunque metodológicamente acudieron al trabajo de Binet, ideológicamente estaban mucho más cerca del de Galton. Goddard tradujo los artículos de Binet al inglés y difundió la utilización de su escala, estaba de acuerdo con Binet en que las pruebas estaban hechas para la detección de los individuos situados por debajo de lo normal. Pero mientras que el primero se negó a hablar de inteligencia para referirse a lo que medían sus pruebas, el segundo estaba convencido de que éstas proporcionaban una medida de la inteligencia innata, es decir, codificó los resultados que con ésta se obtenían dándoles el valor de inteligencia innata. Goddard fue el hereditarista más exagerado, extendió la esfera de los efectos sociales imputables a la inteligencia hasta incluir prácticamente todos los aspectos del comportamiento humano, llegó a atribuir los comportamientos delictivos a una deficiencia mental hereditaria. Elaboró una escala de clasificación de los individuos, con los idiotas e imbéciles en su parte inferior, la siguiente franja la ocupaban los deficientes mentales, y aquí incluía a muchos criminales, alcohólicos, prostitutas y a los holgazanes, todo aquel que no "encajase" en la sociedad, es decir, *todas aquellas personas que son incapaces de adaptarse a su ambiente y de ajustarse a las normas sociales o de comportarse con sensatez*²¹, en la siguiente franja estaban los torpes, las masas trabajadoras, que hacen lo que se les dice, y en el nivel superior los hombres inteligentes, los líderes, que justificadamente están al mando del mundo: de esta forma Goddard luchaba en favor del mantenimiento de las diferencias sociales, en la mejor tradición galtoniana. Fue un abanderado de la eugenesia, los torpes eran útiles, pero no los débiles mentales, ni los imbéciles ni los idiotas, había que atenderlos y alimentarlos pero no dejarles que se reprodujesen, había que controlarlos y para ello hubo dos propuestas: esterilización o internamiento en instituciones. Optó por la segunda, y no porque no estuviese más de acuerdo con la primera sino porque pensaba que la mojigatería de la época impediría llevar adelante la esterilización de los deficientes. Hacia 1928, revisó sus opiniones y se retractó, pasó a defender la concepción de Binet reconociendo que había situado demasiado alto el límite superior de la deficiencia mental, afirmando que sólo eran débiles mentales un pequeño porcentaje de las personas que había clasificado como tales, y aunque no abandonó su idea de la heredabilidad, pasó a pensar que la mayoría de los débiles mentales podían educarse y vivir normalmente en sociedad y que en caso de que tuviesen descendencia no había pruebas de que sus hijos fuesen débiles mentales como ellos. Para muchos esta retractación llegó demasiado tarde.

Terman amplió la escala de Binet con la esperanza de utilizarla en la construcción de una sociedad racional donde la profesión de cada persona se decidiera sobre la puntuación de su cociente intelectual. Realizó un trabajo según el cual mantenía que sus pruebas eran capaces de medir la inteligencia y que sus datos ponían en evidencia las diferencias raciales a este respecto. A pesar de no tener datos, lo que prueba la fuerza de sus prejuicios, defendía la posición innatista: *Aunque aporte pocos datos positivos sobre el tema, este estudio ha reforzado mi impresión acerca de la mayor importancia de la herencia comparada con la educación, como factor determinante*

del rango intelectual que cada individuo posee respecto de sus congéneres^{vii}. Quería que todas las personas pasaran estas pruebas, para así poder establecer una clasificación de todos los niños según sus habilidades innatas y poderlos encaminar hacia los estudios o los trabajos que en función de esto les correspondiesen. Las pruebas se pasaban en masa y muchas veces por parte de personal no especializado, así se convirtieron en una industria y dieron lugar a la tecnocracia del innatismo. Se vedó el acceso a profesiones de prestigio y con altos salarios a todas aquellas personas que no obtuviesen una alta puntuación en las pruebas; aunque no todo estaba perdido para éstos ya que: *La evolución de la moderna organización industrial junto con la mecanización de los procesos a través de la maquinaria posibilita la utilización cada vez más amplia de personas mentalmente inferiores. Un solo hombre capaz de pensar y planear dirige el trabajo de diez o veinte obreros, que hacen lo que les indica, y necesitan disponer de muy poco ingenio o capacidad de iniciativa*^{viii}. En los años cuarenta Terman se retractó de sus afirmaciones, pasó a sostener que el tema de la heredabilidad era complicado, y que en ese momento aún no se podían separar las influencias genéticas y las ambientales.

Yerkes sometió a más de 1.750.000 soldados a una prueba de inteligencia proporcionando así un aura de objetividad a los datos que confirmaban las tesis hereditaristas. Hizo una clasificación de las personas atendiendo a su raza y gracias a estos resultados el Congreso de los Estados Unidos elaboró la *Immigration Restriction Act* de 1924, que limitaba la entrada de inmigrantes al país en función de su raza. Muchos de los inmigrantes no hablaban inglés, y pasaban las pruebas en unas condiciones pésimas, no se medía la inteligencia innata sino el grado de familiaridad con la lengua y la cultura norteamericanas, pero este acta continuó en vigor. Ninguno de estos tres autores, que dominaron la escena norteamericana, accedió a explicar sus resultados en función de las diferencias ambientales; en Europa las cosas no estaban mucho mejor y los casos de Spearman y Burt con su prueba *11+* lo confirman. Pero los hereditaristas americanos eran dogmáticos incluso comparándolos con otros autores de su misma época, que vertieron toda una serie de críticas a su labor; de cualquier modo sus ideas encontraron un clima favorable, y así tuvieron trágicas consecuencias para millones de personas.

Binet insistió en tres principios en lo tocante a la utilización de sus pruebas: en primer lugar las puntuaciones eran un recurso práctico, con ellas no se podía elaborar ninguna teoría del intelecto, no definen nada innato ni permanente, y tampoco se puede decir que midan la inteligencia o alguna otra entidad codificada; en segundo lugar es una guía aproximativa y empírica para la identificación de niños atrasados o con problemas de aprendizaje, no una técnica para el establecimiento de una jerarquía entre los niños normales; por último, hace referencia a que los niños registrados según esta técnica pueden mejorar sus resultados a través de una educación especial, se trata de ayudar a estos niños y no de segregarlos. Como hemos podido ver estos principios se han pasado por alto sistemáticamente, y ello se debe a dos razones: la falacia de la cosificación y la falacia de la heredabilidad, ambas provienen de una mala comprensión de la biología por parte de estos psicólogos.

Al hablar de la falacia de la heredabilidad no se quiere decir que la inteligencia sea heredable en alguna medida, sino que se hace referencia a la identificación de

heredable con inevitable, según la biología hay rasgos o tendencias que se heredan a través de la transmisión genética, pero esto no determina la modificación ambiental que estos rasgos puedan sufrir, es decir, una inteligencia baja puede mejorar en gran medida con una buena educación. Además hay una confusión entre la herencia intragrupal y la herencia intergrupala; del estudio de la variación de los miembros pertenecientes a un mismo grupo no se pueden desprender conclusiones valederas para miembros de grupos diferentes, ya que entre ellos puede haber diferencias ambientales enormes. La falacia de la cosificación corresponde a la creencia de que los resultados de las pruebas corresponden a algo independiente, una magnitud que reside en la cabeza y que se denomina inteligencia. Muchos autores han escrito contra la cosificación que se da en muchas disciplinas, con particular insistencia en la psicología, contra la tendencia a creer que todo lo dotado con un nombre automáticamente pasa a poseer existencia independiente, y si no se halla una entidad real que corresponda a tal nombre no por ello se colige que tal no existe, sino que se considera que es algo particularmente abstruso y misterioso. Se trata de un residuo de la metafísica que muchos científicos acarrear a su pesar.

Podríamos pensar que todo esto pertenece a una época en que la teorización era más débil o los prejuicios mayores, pero no, y hay múltiples confirmaciones de ello. Estas teorías hereditaristas no se van abandonando porque se haya progresado en psicología sino porque los progresos en biología, la idea de la herencia poligénica por ejemplo, fuerzan a ir abandonando estos planteamientos. Pero no se han abandonado del todo, más bien lo que pasa es que las mismas ideas se recubren con otros ropajes, y ahí está el caso de Skinner, que abomina de los nefastos efectos secundarios engendrados por la civilización, planteando la vuelta a un estado de neoprimitivismo en el que la selección natural vuelva a funcionar como es debido. Skinner plantea que Occidente a pesar de que goza de una serie de privilegios enorme carece de lo más importante, las ganas de vivir; esto se debe esencialmente a que la mayoría de los refuerzos son diferidos y a que las sociedades modernas han generado un sistema de ayudas excesivo que acaba por ayudar a quienes podrían ayudarse a sí mismos (aquí incluye toda nuestra tecnología que nos impide hacer nada por nosotros mismos). Esto ha llevado a que Occidente pierda el gusto por la acción, lo cual lo ha sumido en la decadencia debido a que la selección natural ya no puede ejercerse, ha surgido un estado de indolencia donde los hombres se debilitan en todos los sentidos. Contradictoriamente Skinner sí cree en la ayuda de la ciencia, eso sí la suya, y por otro lado está clara su idealización de un tipo de hombre y de sociedad a la que plantea volver como si de un paraíso terrenal se tratara. Podríamos tachar a Skinner de darwinista social en contraposición a los eugenistas, los primeros son liberales y predicán el *laissez faire*, creen que la competencia es buena y gracias a ella la supervivencia de los más aptos está asegurada (aunque no tienen en cuenta la dura lucha por la existencia que se da en esta sociedad tecnificada, donde muchas veces las estrategias para sobrevivir no suelen tener que ver con los músculos o con los resultados académicos), en cambio los eugenistas tienen algo de policial y tecnocrático, quieren montar un sistema autoritario capaz de crear individuos y genes perfectos.

Las teorías hereditaristas no se han abandonado en absoluto, nos reímos con la ocurrencia del personaje teatral del Dr. Slezak de asociar un gen de camionero con el de un guardia para dar a luz un camionero que al pasar de 100 km/h se detenga a sí

mismo para ponerse una multa, pero Thuillier nos informa del caso de un reciente premio Nobel, el doctor Shockley, que manifestó su opinión de esterilizar a los individuos con un coeficiente mental débil, o de la propuesta de varios médicos franceses en favor de castrar a los degenerados o suprimirlos de una vez, o de que se han esterilizado contra su voluntad, y se sigue haciendo, a millones de personas en Norteamérica para evitar gastos al Estado.

Y ahí tenemos el caso de la sociobiología, Chomsky^{ix} cita que los editores del *Times Book Review* en su selección de los tres mejores libros científicos de 1994 eligieron a *The Bell Curve* de Herrnstein y Murray, obra en la que se plantea que el coeficiente intelectual está determinado genéticamente en una gran medida, lo que genera una meritocracia hereditaria. Por otro lado estos autores también hacen hincapié en la diferencia interracial, con las razas menos inteligentes (negros, chinos e hispanos) reproduciéndose con unas tasas tan elevadas que ensucian la reserva genética del país. En este estudio no se ha tenido demasiado en cuenta la importancia de los factores psicosociales en el desarrollo del coeficiente de inteligencia; si lo hubiesen hecho habrían dado enseguida con la solución, sólo tendrían que haber intercambiado los sueldos, viviendas y barrios que ellos mismos y los que están en su misma posición social disfrutan con los de las personas que han salido menos favorecidas en su estudio para que sus datos sobre el coeficiente intelectual pasasen a indicar el resultado contrario; además a resultados de esta nueva situación es seguro que los índices de natalidad de estos "nuevos ricos" bajarían drásticamente. La sociobiología hace una lectura de la selección natural basándose en las diferencias en el éxito reproductivo de los individuos; según esto son seleccionados los individuos que maximizan la contribución de sus propios genes a las generaciones futuras. Los sociobiólogos examinan nuestra conducta, al identificar una que parece adaptativa porque favorece la transmisión de los genes de un individuo la explican por una selección natural que actúa sobre la variabilidad genética influyendo en el acto específico, aunque la única prueba es su aparente adaptabilidad, y así explican la conducta xenofóbica, el conformismo o la conducta agresiva. Pero parece que los sociobiólogos yerran en el nivel de su análisis, buscan la base genética de la naturaleza humana en las conductas específicas, lo cual es un ejemplo de determinismo biológico, estas leyes deben estar en un nivel inferior, tal como expresa el concepto de potencialidad biológica; es decir, estamos capacitados para ser agresivos, esto es obvio, pero también para no serlo, depende de la situación, y no se trata de dos conductas que dependan de diferentes leyes, sino que son conductas que dependen de una misma ley que dicta conductas diferentes en función de la situación.

El carácter único del hombre radica en su flexibilidad, la amplia gama de conductas específicas que posee tanto en acto como en potencia, y que no están determinadas, la inteligencia es la aptitud para resolver problemas de un modo no programado, creativo. Esta es la marca de la evolución humana, la flexibilidad. Según el concepto de la neotenia mantenemos durante toda nuestra existencia cualidades infantiles como la flexibilidad mental, somos una especie de niños que en cierto sentido no crecen, con la mayor posibilidad de variación debida al ambiente. Es decir, la evolución del ser humano no tiende hacia una mayor codificación genética de sus conductas, sino al contrario, hacia un estado de mayor indeterminación donde el peso de la elección de conductas específicas no recae sobre la biología sino sobre la psicología, tiene que ver

con la capacidad de innovación, con el distanciamiento cada vez mayor de comportamientos fijos, heredados, irreversibles, en favor de la innovación y la creatividad.

^I Thuillier, P. *Las pasiones del conocimiento*. Alianza, Madrid, 1992, p. 13.

^{II} Galton, F. *Memories of my life*. Methuen, Londres, 1909, pp. 314-315.

^{III} Cit. en Gould, S.J. *La falsa medida del hombre*. Orbis, Barcelona, 1987, p.65.

^{IV} Idem.

^V Binet, A. Recherches sur la technique de la mensuration de la tête vivante, en *L'Année psychologique*, 5, 1900, pp. 323-324.

^{VI} Goddard, H.H. *Psychology of the normal and the subnormal*. Dodd, Mead & Co. New York, 1919, p. 571.

^{VII} Terman, L.M. Genius and stupidity. A study of some of the intellectual processes of seven "bright" and seven "stupid" boys, en *Pedagogical Seminary*, 13, 1906, p. 68.

^{VIII} Terman, L.M. *The intelligence of school children*. Houghton Mifflin, Boston, 1919, p. 276.

^{IX} Chomsky, N. Infancia y coeficiente intelectual, en *El Viejo Topo*, 93, febrero 1996, pp. 54-58.